TRES VIAJES DIALECTOLOGICOS CON DAMASO ALONSO

En el volumen I de las *Obras completas* de Dámaso Alonso, publicado hace unos meses por Gredos (1), ocupa las páginas 315-357 el artículo titulado «El gallego-leonés de Ancares y su importancia para la dialectología portuguesa», por Dámaso Alonso y Valentín García Yebra. Una nota al pie de página advierte: «La investigación en el valle de Ancares fue hecha por los dos; ha redactado este artículo Dámaso Alonso».

Quiero contar ahora, dieciocho años después de la primera investigación de Ancares (verano de 1954), mi recuerdo de las tres excursiones que hice con Dámaso Alonso en busca de los datos recogidos en dicho artículo. No voy a referirme al material científico, lingüístico, de nuestro trabajo: en el artículo se ha recogido, ordenado y estudiado perfectamente (no me alabo a mí mismo, pues la redacción del artículo no es mía). Me referiré sólo al aspecto humano de mi convivencia viajera con el maestro querido y admirado que, desde que lo conocí, fuera ya de la Universidad —creo que en 1948—, viene siendo para mí Dámaso Alonso.

Quisiera que estas líneas, libres de toda pretensión erudita, tuvieran la sencillez de una carta escrita a un grupo de amigos. Y que dejaran en los lectores la impresión, mejor dicho, la certeza que dejó en mí la convivencia con Dámaso Alonso, una convivencia directa, sin distancias de ninguna clase, en el ambiente primitivo que aún envolvía hace tres o cuatro lustros a la mayoría de los pueblos donde estuvimos.

Es sabido que muchos «grandes hombres» encubren o disimulan bien en público flaquezas o debilidades que no logran ocultar en la vida privada, esa cámara íntima donde cada uno se quita el traje de ceremonia, o simplemente la americana, para estar cómodo en mangas de camisa. Otros, los verdaderamente grandes, no pierden en la intimidad su brillo, sino que lo acrecientan con nuevas vislumbres que en su vida pública suelen permanecer ocultas.

Antes de nuestro primer viaje a Ancares, conocía yo al Dámaso

(1) Estas páginas fueron escritas en el verano de 1972.

Alonso poeta, crítico literario, catedrático de la Universidad Central, académico de la Española. Durante aquel viaje y en los dos siguientes conocí al hombre Dámaso Alonso. Y supe entonces que, en él, poeta, crítico, catedrático, académico, eran simples adjetivos. En grado superlativo, si no por su forma, sí por lo intenso de su significado; pero adjetivos siempre, y ni siquiera sustantivados. Porque lo sustantivo en Dámaso Alonso no era ninguna de aquellas categorías, ni el conjunto de varias o de todas ellas, sino, sencillamente, el hombre. Esto puede parecer una perogrullada. No lo es. Hay figuras que sobresalen por algo adjetivo, y cuando lo pierden, o simplemente lo dejan a un lado, su humanidad queda tan disminuida que ni siquiera alcanzan el nivel medio de los mortales. En Dámaso Alonso, lo más importante, lo principal, lo máximo, era el hombre. Un hombre enriquecido, colmado, por lo mejor de cada una de las épocas anteriores de su vida; un hombre en quien la experiencia y la sabiduría de la madurez no habían destruido, ni siquiera mermado o encubierto la capacidad de asombro y de ilusión del niño, el gozo de vivir y probar del adolescente, la prontitud, el ímpetu y la pasión juveniles.

El primero de nuestros viajes a Ancares fue, como ya he dicho, en el verano de 1954. En un artículo titulado «León en mi recuerdo», aparecido en un número especial de *Mundo Hispánico* (Extraordinario núm. IX, 1957, pp. 12-13), Dámaso Alonso dedica unas líneas a este viaje «de hace sólo dos años», que todavía en su memoria «fulge nítido, exacto, con las rocas y los hombres recortados por un aire cristalino». Dice así: «Hace pocos años hice un viaje por los valles de Ancares y de la Fornela (entre los dos está el límite del gallego y del leonés en la montaña de la provincia). Unas quince horas a caballo, en tres días, de Vega de Espinareda a Candín, de Candín a Peranzanes, de Peranzanes a nuestro punto de partida. No olvidaré la conversación dialectal en aquella cocina de Candín. Ni la tarde maravillosa subiendo lentamente el estéril puerto del Cuadro, ni la bajada de la Fornela. ¡Qué desolación! Caía la tarde. Pero vino la «viceira» con tumulto de gritos, entre una nube de polvo, y el rebaño cogía una carrera impetuosa —la querencia para pasar el puentecillo del lugarejo—; el valle se poblaba de vida. Y recuerdo la espantada de mi caballo en la hora del lubricán, y cómo estuve a punto de matarme. Y Peranzanes. El paisano de Cacabelos nos había dicho: «En Peranzanes se puede parar en casa de Narciso como en un hotel, no falta de nada». Recuerdo cómo el jersey de la moza se le había rozado y roto, exactamente, en los dos puntos críticos; y las asociaciones mentales consiguientes».

Daré yo ahora mi versión complementaria. Desde Ponferrada fuimos en automóvil a Vega de Espinareda, pueblo (oficialmente villa) tan bonito como su nombre. Lo baña el Cúa. En la orilla izquierda se alza el monasterio de San Andrés, del siglo XI, donde recibió sepultura doña Jimena Núñez, amiga de Alfonso VI y madre de las infantas doña Elvira y doña Teresa. Pero teníamos prisa. Paramos allí sólo lo necesario para buscar caballos que nos llevaran a Candín, primera etapa de nuestro viaje.

Entre Vega de Espinareda y Candín hay sus buenos once kilómetros. El camino era entonces de herradura, con muchas cuestas, y el piso, malo. Cuando volvimos a Candín en 1957, pudimos ya llegar en coche, aunque quizá con más incomodidad y peligro, y, ciertamente, con menos goce del paisaje. Pero en el primer viaje fuimos a caballo; buenos ratos a pie, cuando la pendiente era tan pronunciada que resultaba más cómodo andar que ir montados. De los dos caballos conseguidos en Vega, uno era más joven y nervioso. Dámaso Alonso, en el verano de 1954, tenía la misma edad que yo ahora: 55 años. Elegimos para él el caballo más tranquilo.

Llegamos a Candín al atardecer. Nos alojamos en una de las mejores casas del pueblo, con tan buena suerte que allí mismo había dos personas excepcionalmente aptas para el interrogatorio lingüístico proyectado: una mujer de bastante edad, próxima a los setenta, muy inteligente, y analfabeta (condiciones ideales), y su nuera, que sabía leer y escribir, pero compensaba este inconveniente con una inteligencia tan clara como la de su suegra. Ya antes de cenar tuvimos una sesión larga y fructífera. Dámaso Alonso, en la cocina, interrogaba a la suegra; yo, en una sala contigua, a la nuera. Las contestaciones resultaron precisas y concordes.

La descripción científica del ancarés puede verse en el citado artículo de las *Obras completas* de Dámaso Alonso. Aquí sólo diré que es un gallego-leonés delicioso, especialmente por los que en el § 28 del artículo se llaman «fenómenos extraordinarios»: la doble acentuación de las palabras de más de dos sílabas, la diferencia de tono entre las dos sílabas acentuadas, la prolongación de las vocales en hiato, la fuerte nasalización de las vocales inmediatas a *-n-* intervocálica perdida, y la palatalización de *a* en ciertas condiciones, le dan al habla de Ancares gran musicalidad y una extraña dulzura.

Al día siguiente todo se desarrolló tan bien que a la hora de comer dimos por acabada nuestra tarea en Candín y poco después salíamos hacia Peranzanes. Recuerdo muy bien la lenta y maravillosa subida del puerto del Cuadro; lenta por la pendiente muy pronunciada que íbamos escalando, maravillosa por el esplendor de la tarde

en aquellas alturas y por los grandiosos paisajes que desde allí se dominan. Pasado el puerto, la vertiente norte estaba cubierta a grandes trechos, entre las urces, por un tupido herbazal de arándanos cuajados de frutilla entre azul y negra.

Alcanzamos la estrecha vega del Cúa casi al ponerse el sol (allí lo hace temprano) tras los montes que separan de Asturias el valle de la Fornela. Fue en este trayecto donde, «a la hora del lubricán», se le espantó el caballo a Dámaso Alonso, que estuvo «a punto de matarse». El hecho, tal como yo lo recuerdo, sucedió de esta manera. El camino era llano y herboso, relativamente ancho. Pero estaba cerrado a nuestra izquierda por una escarpa de tres o cuatro metros de altura, tajada en la falda del monte, y, a nuestra derecha, por paredes de piedra seca que defendían pequeños prados. No sabíamos cuánto faltaba para llegar a Peranzanes. A Dámaso Alonso comenzó a entrarle la preocupación de que pudiera hacérsenos de noche en aquel inhóspito paraje. Insistía en que teníamos que avanzar más de prisa. Yo iba delante, aunque montaba entonces el caballo de menos brío, porque él había querido probar el otro. Los caballos no llevaban silla de montar, sino vulgar albarda, que hacía el cabalgar mucho más incómodo. Llevábamos delante, él un maletín con mi equipaje, yo una maleta con el suyo. El llevaba además, por lo que pudiera tronar, un paraguas. Tanto insistió en que debíamos ir más ligeros que, con dos o tres ramalazos en las ancas, puse mi caballo al galope. El suyo, al ver galopar al mío, se arrancó sin que se lo mandaran. «¡Que me tira! ¡Que me tira!», oí gritar al jinete. Creí que era una broma, y no hice caso. El paraguas que llebava Dámaso Alonso espoleaba al caballo contra la voluntad de su dueño. Este seguía gritando: «¡Qué me tira! ¡Qué me tira!». En efecto, de pronto sonó un golpe sordo contra el suelo. Una sensación de angustia me cruzó como un relámpago. Era ya casi de noche ¿Qué iba yo a hacer, cómo iba a arreglarme si don Dámaso (yo le llamaba siempre y le sigo llamando así) se había matado o se había roto algo? Instintivamente, con todas mis fuerzas, sujeté mi caballo y lo atravesé en el camino. Por fortuna, volví a oír enseguida la voz de don Dámaso: «¡Que me tira! ¡Que me tira!». Lo que había caído era mi maletín. Su caballo paró junto al mío con el jinete encima y sin más daño que el del susto (2).

Peranzanes estaba ya cerca. Poco después, a la entrada del pueblo, vimos la «viceira», que volvía del pasto.

El paisano de Cacabelos, sin duda involuntariamente, nos había

(2) He leído este pasaje a Dámaso Alonso. Insiste en que su caballo se espantó auténticamente. Yo iba delante, y ya casi había oscurecido. No pude verlo.

engañado. La cena fue lamentable: judías verdes, bastante correosas, con cachelos terriblemente picantes, y una carne muy dura. No había otra cosa. En cuanto a las camas, imagine el lector cómo estarían si tal estaba el jersey de la moza que las tenía a su cargo. Yo tuve que pedirle que cambiara tres veces las sábanas de la mía, y al fin me acomodé más por cansacio y sueño que convencido de que estuvieran bien limpias.

En Peranzanes concluyó pronto nuestro trabajo. Al día siguiente, después de comer, nuevamente a caballo, anduvimos los dieciséis kilómetros que hay hasta Vega de Espinareda, y aún tuvimos tiempo y humor para desplazarnos en un camión hasta Valle de Finolledo, donde hicimos un curioso, simpático interrogatorio colectivo (3).

Quedé asombrado de la resistencia física de Dámaso Alonso. Después de las tres jornadas a caballo, sobre albardas en vez de sillas, yo, a mis treinta y siete años, tenía unas agujetas monumentales. El estaba tan fresco.

Nuestro segundo viaje al Real Valle de Ancares fue en el verano de 1957. Habían quedado sueltos algunos cabos de nuestra investigación, especialmente en lo relativo a la palatalización de la *a*. Era preciso estudiar mejor el fenómeno.

Fuimos en automóvil hasta Candín. Allí nos entristeció saber que había muerto la señora mayor de la casa en que nos hospedábamos. Hechas con fortuna las averiguaciones necesarias, al día siguiente nos acercamos andando hasta Pereda. Nos atendió con gran amabilidad y eficacia el señor maestro jubilado don Manuel Abella. La gente de Pereda se resistía a contestar a nuestras preguntas. Los buenos oficios de don Manuel rompieron la desconfianza. En plena calle y en corro fueron saliendo las cosas.

Unos tres kilómetros al noroeste de Pereda está Tejedo de Ancares (*Teixeu* lo llaman los nativos). No pudimos llegar allí, con gran disgusto de Dámaso Alonso. De Tejedo salió a fines del siglo XVII don Pablo Alonso, cuya estirpe se propagó por el occidente de Asturias y por el este de Lugo. Una de sus ramas prendió a orillas de la ría del Eo (Ribadeo, Vegadeo). Vástagos suyos fueron Dámaso y Juan Vicente Alonso, hijos ilustres de Ribadeo, a quienes esta hermosísima villa ha tributado recientemente un noble homenaje. Los hermanos Dámaso y Juan Vicente Alonso fueron, respectivamente,

(3) Dámaso Alonso dice de él en la nota 8 de nuestro artículo: «Recordaremos siempre el interrogatorio que hicimos en Valle de Finolledo, en 1954. El pueblo estaba en fiestas. Detrás de la mesa que nos facilitaron se congregó todo el mundo. El interrogatorio se hacía con luz de acetileno (por avería de la eléctrica). Cuando el sujeto preguntado daba una forma que no era la habitual, todos contradecían, con admirable seriedad e interés. Había allí sujetos de San Pedro de Olleros y de Burbia que iban dando las variantes de sus respectivos pueblos.»

padre y tío de nuestro don Dámaso. Este podría comenzar su autobiografía como el Cautivo del *Quijote:* «En un lugar de las montañas de León tuvo principio mi linaje».

De Pereda volvimos andando a Candín, y, desde allí, en automóvil, a Ponferrada.

Antes de regresar a Madrid, hicimos una breve excursión investigadora a la Cabrera Baja. Mi amigo Paco Fernández Oviedo, maestro entonces de la Escuela Preparatoria del Instituto «Gil y Carrasco» de Ponferrada, nos llevó en su coche hasta Pombriego, pueblo del Ayuntamiento de Benuza. Allí nos ocurrió una cosa divertida. El pueblo está situado al borde de una excelente vega, regada por el río Cabrera. Había en ella muchísimos melocotoneros. Aquel año habían cargado tanto de fruta que a muchos habían tenido que apuntalarles las ramas. Un hombre nos dijo: «Si este año me pagaran a cincuenta céntimos el kilo, me hacía rico». En esto pasa una mujer con el mandil rebosante de grandes, redondas, doradas frutas. «¡Qué melocotones más hermosos!», exclamó uno de nosotros. «¡Cojan, cojan!», contestó amabilísima la buena señora. «¡No, por Dios!», dijimos nosotros por pura cortesía. «¡Anden, cojan, cojan —insistió ella—; si son pa los cerdos!».

Desde Pombriego subimos andando hasta Benuza. ¡Dios, qué cuestas! Menos mal que sólo eran tres kilómetros. Nuestra cosecha lingüística fue escasa, comparada con la de Ancares. Pero yo tuve ocasión de comprobar algo que me interesaba personalmente. Don Ramón Menéndez Pidal me había dicho una vez: «Yebra, tiene usted un apellido que es celta puro; viene de *aebura,* que significa "tejo"». Luego había leído en su libro *Toponimia prerrománica hispánica* (p. 218 de la edición de 1950): «La localización exacta del A e b u r a de Livio la encuentro en la toponimia moderna, que nos ofrece un *Yebra* al norte del Tajo, en el partido de Pastrana... identificación segurísima, pues *Yebra* es el resultado de A e b u r a dentro de la más correcta evolución fonética. Otros *Yebra* hay en las provincias de Huesca y de León; y no puede chocarnos tanta repetición de este nombre en España, pues en Galia se repetía también bastante: *Yèvre* en los departamentos de Doubs y de Loiret, *Yèvres* en Eure-et-Loire y en Aube». Yo sabía que cerca de Benuza, a menos de tres kilómetros, está el *Yebra* de la provincia de León del cual procede mi apellido, bastante difundido por el Bierzo y por Galicia. No teníamos tiempo para llegar a Yebra. En la cantina de Benuza, mientras comíamos, le pregunté al cantinero si conocía aquel pueblo. Me contestó que nunca había estado en él; «pero, mire usted —añadió—, aquel que está comiendo allí solo, en aquella mesa, es de Yebra».

Me dirigí al yebrano y le pregunté si en su pueblo había tejos. «Pues verá usted —me respondió—, en el pueblo mismo no hay más que uno, pero a menos de dos kilómetros hay un bosque entero».

Cuando volvíamos de Benuza a Pombriego, Dámaso Alonso estuvo otra vez a punto de matarse. Y yo volví a salvarle la vida. Según bajábamos el difícil camino abierto en el monte, el calor se hacía cada vez más molesto. Abajo, bastante cerca en línea recta, pero lejos aún si se seguían las vueltas y revueltas del camino, se veía, verdaderamente incitante, un regato sombreado por grandes castaños. Yo quise cortar por la breña. Dámaso Alonso me siguió, contra el consejo de Fernández Oviedo, hombre más prudente aún que corpulento. Y hete aquí que, al tratar de bajar por unas peñas, resbaló y, perdido el equilibrio, inició una carrera incontrolada. Logré detenerlo a tiempo. Si no, habría saltado de cabeza un barranco roqueño de más de tres metros de altura.

Al regresar a Madrid, le dije bromeando: «Don Dámaso, el artículo sobre el gallego-leonés de Ancares tiene que dedicármelo. Y la dedicatoria debe decir: *A Valentín García Yebra, que me salvó dos veces la vida mientras reunía los datos contenidos en este trabajo*». Después de pensarlo unos segundos, me respondió en ese tono de contradicción divertida y afectuosa que a veces usa: «El artículo sobre el gallego-leonés de Ancares no se lo voy a dedicar a usted». Y, tras una pausa: «Ese artículo vamos a firmarlo los dos, porque los dos hemos hecho el trabajo». Le dije que me parecía excesivo, que yo no había hecho más que acompañarle y ayudarle un poco. Pero él insistió, sin palabras, con un gesto repetido de la mano derecha, muy suyo, que quiere decir: «basta, basta», y desvió la conversación hacia otro tema.

Publicado ya el artículo (que apareció por primera vez el año 1959 en el volumen I de Actas del «III Colóquio Internacional de Estudos Luso-Brasileiros. Lisboa, 1957», pp. 309-339, y luego, corregidas las erratas, con distinta redacción de algunos párrafos y adición de tres mapas, en los *Cuadernos de Estudios Gallegos,* Fascículo XLVIII, Año 1961, pp. 44-79), todavía hicimos, en el verano de 1962, un tercer viaje, atraídos por el mismo tema. Esta vez, a la vertiente gallega de los Picos de Ancares (zona de Cervantes). Queríamos saber si en los Ancares gallegos se daban los mismos fenómenos dialectales que en los leoneses.

Llegamos en automóvil a Becerreá, provincia de Lugo, y desde allí, acompañados por don Antonio Rosón y dos primos suyos, hasta Os Cabaniños, tres casucas de madera que daban nombre al lugar.

En Os Cabaniños, con tres caballerías, nos esperaba Inés, preciosa amazona, rubia como las panojas maduras, con grandes ojos turquesados. Tenía diez u once años, y había traído sola desde Xantes, por un camino increíble, tajado a trechos en roca viva, dos caballos y un macho, que iban a ser nuestras cabalgaduras.

Por un tupido bosque de castaños, hayas y avellanos, emprendimos el descenso a un hondo valle por donde corre fresquísimo riachuelo. Al cruzarlo cautamente a pie, por un puente de troncos y tierra, sin pretil ni barandilla, nos dijo Antonio Rosón, hombre muy culto y muy leído en filosofía: «están ustedes cruzando el río más metafísico del mundo. Es el *Ser*». El nombre resultaba curioso. Atentos nosotros, más que a la hidronimia, a no caer al agua mientras pasábamos, y luego al hermoso espectáculo que ofrecen aquellos parajes, no paramos mientes en que el nombre de aquel modestísimo río, casi arroyo, era sin duda milenariamente anterior a la existencia de la palabra española *ser*. Tan humilde es el riachuelo, que ni tiene nombre. *Ser* es una raíz indoeuropea que significa «río». Serían celtas quienes llamaron a aquella pequeña corriente *Ser*, es decir *Río*, precisamente porque carecía de nombre propio. Este «Río» de los Ancares gallegos, pequeño afluente del Navia, es, en cuanto al nombre, hermano del *Sar* compostelano, cantado por Rosalía, y del *Sarela*, y del *Sor* formado por los dos *Sores* que se juntan bajo el puente de *Entrambas Sores* para desembocar luego en la ría del Barquero, entre Vivero y Ortigosa, y de otro *Sor* que, nacido en el Caurel, afluye al Sil, y también del *Sôr* portugués que nace junto a Alagoa, al pie de la Serra de Sâo Mamede, y da luego nombre a Ponte de Sôr, en el Ribatejo; y es pariente próximo de otros muchos ríos europeos, especialmente franceses, italianos, suizos y alemanes, en cuyo nombre entra el componente *Ser* o *Sar*, el más famoso de los cuales es el llamado *Saravus* por los latinos, *die Saar* por los alemanes, *la Sarre* por los franceses. Como es frecuente, y bien se ve en el caso del río germánico, también el hidrónimo gallego ha extendido su alcance semántico a la toponimia: *Sar* se llama una aldea en el municipio de Santa Comba (La Coruña), y *Sor* otra del municipio de Touro (de la misma provincia) y un lugar del municipio de Bueu (Pontevedra).

Subiendo desde el *Ser* mucho más de lo que habíamos bajado, llegamos a Xantes, que iba a ser el centro de nuestras investigaciones. No hallamos, en materia lingüística, nada particular. El habla de la vertiente gallega de los Ancares no presentaba ninguna de las características que tanto nos habían llamado la atención en la zona leonesa. Era un gallego casi corriente, con algunas infiltraciones leo-

nesas. Nuestro viaje, en el aspecto lingüístico podía considerarse un fracaso. Pero el interés humano y paisajístico de la comarca nos compensaba ampliamente. Dámaso Alonso decía que contemplar aquella naturaleza era como asistir al momento auroral de la creación, al amanecer del mundo. Y la vida en Xantes ¿no sería en mucho como la de los antiguos celtas que poblaron aquellos montes?

En la zona leonesa de Ancares habíamos visto ya casas —pocas— con techos de paja y muros de piedra redondeados en parte. En Xantes más de la mitad del pueblo eran auténticas pallozas, perfectamente circulares, con dos entradas diametralmente opuestas, y divididas en su interior de manera típica, que permitía a hombres y animales muy próxima convivencia. En una de estas pallozas se había desarrollado durante el invierno anterior una escena cuya descripción, recogida por nosotros en cinta magnetofónica, parece retrotraernos a épocas muy remotas.

Vivía en la palloza un viejo con dos hijas y dos hijos, ya mayores. La noche en que sucedió lo que voy a contar, las dos hijas se hallaban de tertulia en una casa vecina. El viejo ya estaba acostado. Manuel, uno de los hijos, había salido un momento, dejando la puerta entreabierta. El otro, Juan, que dormitaba sentado en uno de los dos grandes escaños de la cocina, no prestó mayor atención a la entrada de una mastina de la casa. La mastina andaba en celo, y entró seguida de dos que a Juan, medio dormido, le parecieron perros. Pero él, como cualquier vecino de Xantes, conocía a todos los perros del pueblo, y aquéllos le eran desconocidos. Abrió bien los ojos, y se enderezó de un salto. ¡Eran lobos! Volvía entonces Manuel de fuera. «¡Pecha a porta!», le gritó Juan. «¡Hayche dos lobos na casa!» Al oír al hombre, una de las alimañas trató de ganar la puerta. Manuel (un verdadero gigante; lo conocimos después de oír el relato) logró atraparla. Casi totalmente a oscuras forcejeó con el lobo; pero una especie de gruñido de éste le hizo creer que era un perro, y lo dejó escapar. Cerró la puerta, y quedó dentro el otro lobo. Los dos hermanos comenzaron entonces a perseguirlo por toda la palloza. En los azares de la huida, el lobo cayó una vez sobre uno de los dos escaños, donde casi simultáneamente uno de los hombretones lo sujetó por el rabo y el otro le dio tal golpe con el mango de una azada, que el pobre animal (que no había entrado allí por odio ni por ansia de rapiña, sino por amor) cayó redondo. El que nos contó la escena dijo que había visto después al lobo abierto, y que del golpe tenía un pulmón reventado. Dijo también que era raro el invierno que no entraban lobos en Xantes, y que los osos solían llegar hasta muy cerca del pueblo.

Dámaso Alonso tenía sesenta y tres, casi sesenta y cuatro años, cuando hicimos este tercer viaje. Para mí era un continuo asombro, tanto en éste como en los anteriores, ver con qué naturalidad aceptaba las muchas y diversas incomodidades de esta clase de trabajo científico: la dureza de las jornadas a caballo o a pie por ásperos caminos; la pobreza del alojamiento en casas humildísimas, carentes muchas veces de las instalaciones que hoy en casi todas partes se consideran indispensables; la austeridad o la monotonía de las comidas. Pensaba yo que, sin moverse de su casa de Chamartín, en su riquísima biblioteca podía hallar toda la documentación necesaria para obras más lucidas y de más aplauso que uno o varios artículos sobre las hablas de aquellas comarcas. Pero a él le movía un impulso de generosidad hacia la ciencia, que debía ser atendida en una de sus parcelas más necesitadas de cultivo. Era urgente recoger, antes que desapareciesen bajo la apisonadora de la cultura moderna, las peculiaridades lingüísticas de nuestras gentes. Dentro de pocos años sería tarde. Las molestias, la fatiga, las incomodidades, ¿qué importaban? Había que soportarlas con espíritu deportivo. Además, aquel deporte tenía en sí mismo grandes compensaciones: el contacto directo con las gentes del campo, tan nobles y afectuosas, una vez rota la costra superficial de la desconfianza instintiva frente al forastero; el goce de la naturaleza, que en el noroeste de España es tan hermosa como desconocida, virginal aún para el turismo en los Ancares leoneses y gallegos; hasta el ejercicio físico de cabalgar y andar al aire y al sol, mucho más saludable que el antinatural sedentarismo ciudadano.

Esta generosidad científica de Dámaso Alonso era —sigue siendo— producto y exponente de su humanidad; de esa humanidad que, como dije al principio, está enriquecida por lo mejor de cada una de las épocas que ha vivido; humanidad plena, en que coexisten felizmente la capacidad de asombro y de ilusión del niño, el gozo de vivir y de experimentar del adolescente, el ímpetu y la pasión de la juventud, la penetración y sabiduría de la madurez: todo ello sazonado por una leve, alada ironía, que impide tomar las cosas —y también a los hombres, sin exceptuarse a sí mismo— demasiado en serio. Por esta humanidad riquísima de Dámaso Alonso, quienes le conocen bien, tienen que admirarle y quererle.

VALENTIN GARCIA YEBRA

Conde de Cartagena, 5
MADRID-7